

Territorios de Julio Cortázar

En un rincón del cuadrilátero Cortázar se defiende, defiende su libro ante supuestos visitantes que lo atacan, no le dan nada (más bien se beben todo y se llevan sus cosas, un libro, una camisa) y le exigen que no haga un libro de "rejuntar verduritas que escribió para festejar a sus amigos de la plástica".

Cortázar dice que hacer un libro de gratitudes de este mundo de sangre y vergüenza le gustó, y que además le divirtió "cosa que a ustedes les cuesta más que trabajar", agrega asestándoles una patada de mil dólares.

Ya liberado por la explicación, pasa a describir lo que podríamos llamar los territorios del afecto de Cortázar.

Las hormigas descubren los cuadros de Alechinsky y su vida cambia: conocen el placer de pasear por las obras de los hombres y hasta la necesidad de trabajar menos y disfrutar más del arte.

Al comienzo del *Homenaje a una joven bruja*, recuerda, muy a propósito, la triste historia de los erizos de mar que mueren aplastados en la carretera "porque al ver acercarse los faros del auto en plena noche ceden a la funesta idea de que ovillarse y sacar los pinchos bastó para defenderlos de la luz rugiente, de la cosa inexplicable" dice desesperado el biólogo que los ama, y Cortázar se duele de ver efectivamente tanta inocencia asesinada en el asfalto.

Pero en el texto comprobamos, que como tantas veces en Cortázar, todo el encanto está en el idioma: con sus paréntesis culturales, dentro de paréntesis nostálgicos, dentro de paréntesis arquitectónicos y así sucesivamente; lleno de rayos, como los sales de los chicos, que emiten señales extra al lector de calor, familiaridad y brillo, y hacen que sienta de pronto alegre que el lenguaje es una fiesta.

Y luego avisa que no le gusta describir y que prefiere la palabra como cosa actuante y viva, y se las arregla para hacernos saber que Rita Renoir (la bruja) pasó de simple encuadratriz al mimodrama que agrade francamente al público. Encapuchada o desnuda o endemoniada adivinamos que Rita Renoir habla como una bruja,

como una poseída de la Edad Media; va de lo erótico a lo obscuro, pasa el límite y recobra la primera mirada. De tanta vejación expuesta, de tanta tristeza va a nacer un hombre más decente, más liberado. Pero de la mujer ofrecida al sacrificio, de la endemoniada a la Magdalena hay más que mil pasos, no es suficiente; parece pura bondad de Cortázar usar la palabra martirio, que por otro lado sería tan agradable abolir para siempre.

En *Paseo entre las jaulas* habla de los animales dibujados por Akys Zötl. Pero primero cuenta un sueño de elefantes que tuvo él mismo, no de elefantes serenos sino peligrosos que quieren aplastarlo y de los que sólo podrá salvarse haciendo trampa: despertándose. Y cuenta su sueño porque como pasa tantas veces (el enfermo sólo ve hospitales y ensayos sobre medicina en los periódicos, la embarazada nunca ha visto tantas mujeres embarazadas en su vida, el escritor se ve acosado por su propio tema desde todos los rincones) Cortázar se hallaba interesadísimo en los animales cuando conoció a Zötl y su libro.

Por ejemplo ese gallo de su primísima infancia que lo despierta para conferirle esa desoladora sensación que ya puede tener un niño por pequeño que sea "el sentimiento de abandono, de algo que hoy puedo llamar mortalidad". Sí, la del niño que se descubre independiente, único, libre y aterradoramente solo. Descubrimiento del que no se consolará jamás.

"La naturaleza es monótona a pesar de su variedad" y en efecto, una vez hecha una jirafa o un topo, tenemos para eras geológicas de la misma jirafa y el mismo topo. Por eso le gustan los animales de Zötl: un mono con manos francamente humanas es ya algo más.

Los movimientos espontáneos hacen toda la gracia del ballet, (en cuanto aparece el esfuerzo se acabó el espectáculo) y de los animales Cortázar ve una pareja de monos comiendo plátanos, cuando el macho tenía la última en la mano "previ lo que denunciaría cualquiera de los adherentes al *Women's Lib*" y no, el mono se come la mitad y le pasa la otra a su compañera

(comentario prosaico de un amigo: es que sabía matemáticas).

Los animales dibujados o reales del cine poco le dicen a Cortázar, salvo King Kong: en la escena en que le arranca el vestido a la chillona Fay Wray y se lo come, considera que ha realizado el mayor homenaje posible y la suma del erotismo. Un gran incomprendido King Kong.

Para el territorio de Antonio Saura el español del cine, compone varios textos y una razonable "minima Meditación ante uno de estos retratos imaginarios" (que van de Felipe II al cocodrilo). Cuenta que pasaron en vivo en la televisión una operación terrorista en el aeropuerto de Le Bourget: todo el realismo, buena foto, buen sonido. Medita: "en realidad no vimos nada", esa sucesión de imágenes fuera de contexto no son la historia. Afortunadamente o al revés, el hombre y su historia están más adentro, más lejos, en todas partes, en cualquier momento, pero no en la simple imagen de la realidad. Tiene razón, no vieron nada.

Y tantas y tantas observaciones justas o poéticas, exactas o sugerentes como ante las fotografías de Barzilay, cuando dice de su propio "lenguaje, con el que acaso quería ayudarme, no hace más que multiplicar un misterio incesante", que casi podría decirse de toda la crítica de arte ¿explicar, interpretar, traducir, descubrir a Picasso? ¿o construirle como Malraux otra obra de arte de palabras encima, que podrá corresponder o no según el lector? y según, otra vez, el gusto o el ánimo del lector en el momento en que lo lea y que no serán tampoco ni el de Malraux, ni el de Picasso; con lo que la crítica de Venturi, por ejemplo, comentada por algún otro y citada por un tercero, compondrían un juego de muñecas rusas todas diferentes entre sí, y vagamente relacionadas ya no sabemos si con las artes plásticas, la literatura o como todo el libro de Cortázar, con la simple necesidad de comunicación.

Natacha

GONZALEZ CASANOVA